

El rastreo filosófico de Baptiste Morizot como reconstrucción de nuestras relaciones con la animalidad

**O rastreamento filosófico do Baptiste Morizot como
recons-trução de nossas relações com a animalidade**

**The philosophical tracking of Baptiste Morizot as a re-
con-struction of our relationships with animality**

Enviado: 30/08/2021

Aceptado: 30/11/2021

German E. Di Iorio

Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (Argentina).
Becario UBACYT de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad.

Email: diiorioerman@gmail.com

Esta cartografía analiza críticamente *Tras el rastro animal*, el primer libro de Baptiste Morizot traducido al español. Comenzamos reconstruyendo el contexto de discusión en el que se inserta el escrito, explicitando el aporte que realiza la filosofía morizotiana desde su perspectiva de la animalidad. Asimismo, ponemos de relieve la interrelación que hay entre el “rastreo filosófico” de Morizot, su apuesta metafísico-política, y el estilo ensayístico con el que teje su libro. Luego analizamos en detalle los diferentes capítulos que componen *Tras el rastro animal*, tomando como hilo conductor las metamorfosis que van aconteciendo en cada uno. Pasamos así por el engaño del lobo, la voracidad del oso, la paciencia del leopardo, las huellas de una jauría, la cotidianeidad de la lombriz, y finalizamos con la animalidad del humano. Concluimos esta cartografía apreciando la contribución que implica para los estudios críticos animales hispanohablantes la incorporación de este autor contemporáneo.

Palabras clave: Baptiste Morizot, rastreo, metamorfosis, diplomacia.

Esta cartografia analisa criticamente *Tras el rastro animal*, o primeiro livro de Baptiste Morizot traduzido para o espanhol. Começamos reconstruindo o contexto de discussão no qual o escrito está inserido, explicitando a contribuição da filosofia morizotiana em sua perspectiva de animalidade. Além disso, destacamos a inter-relação entre o “rastreamento filosófico” de Morizot, sua aposta metafísico-política e o estilo de ensaio com que tece seu livro. Em seguida, analisamos detalhadamente os diferentes capítulos que compõem *Tras el rastro animal*, tendo como fio condutor as metamorfoses que vão acontecendo em cada um. Assim, passamos pelo engano do lobo, pela voracidade do urso, pela paciência do leopardo, pelos rastros de uma matilha, pela vida cotidiana da minhoca, e acabamos com a animalidade do humano. Concluimos esta cartografia apreciando a contribuição que a incorporação deste autor contemporâneo implica para os estudos críticos animais de língua espanhola.

Palavras-chave: Baptiste Morizot, rastreamento, metamorfose, diplomacia.

This cartography critically analyzes *Tras el rastro animal*, Baptiste Morizot’s first book translated into Spanish. We begin by reconstructing the context of discussion in which the writing is inserted, making explicit the contribution made by Morizotian philosophy from its perspective of animality. Likewise, we highlight the interrelation between Morizot’s “philosophical tracing”, his metaphysical-political commitment, and the essay style with which he knits his book. Then we analyze in detail the different chapters that make up *Tras el rastro animal*, taking as a common thread the metamorphosis that are taking place in each one. Thus, we go through the deception of the wolf, the voracity of the bear, the patience of the leopard, the tracks of a pack, the daily life of the worm, and we end with the animality of the human. We conclude this cartography by appreciating the contribution that the incorporation of this contemporary author implies for the Spanish-

speaking critical animal studies.

Keywords: Baptiste Morizot, tracking, metamorphosis, diplomacy.

Morizot, B. (2020). *Tras el rastro animal* (trad. F. Gelman Constantin). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Isla Desierta, 236 pp.

Desde fines del siglo XX viene cobrando cada vez más relevancia una serie de investigaciones que buscan repensar los vínculos entre humanos y no-humanos. El desarrollo de este objetivo implica cuestionar el concepto de “Naturaleza” construido desde la metafísica occidental, y para ello ha sido imprescindible el abordaje interdisciplinario, como el entrecruzamiento de la filosofía con diferentes disciplinas científicas. Dentro de la tradición epistemológica francesa, autores del campo de la antropología como Bruno Latour y Philippe Descola han realizado tal labor desarticulando el mito del hombre como viviente conceptualmente separable de las otras existencias. Es desde este entramado que el filósofo Baptiste Morizot despliega su escritura, la cual explora qué ocurre con la animalidad si se la trabaja desde esta línea del pensamiento contemporáneo. De esta forma, podemos decir que la filosofía morizotiana se teje a partir de dos tareas complementarias: por un lado, poner de relieve la especificidad de los animales al momento de reexaminar las relaciones entre humanos y no-humanos; pero, por el otro, dejar de conceptualizar la animalidad como una parte de lo no-humano para pasar a pensarla como una perspectiva que permite leer la existencia en general.

En *Tras el rastro animal* Morizot nos ofrece esa doble vertiente de su proyecto entrelazando la filosofía con la práctica del rastreo. Ahora bien, este “rastreo filosófico”, lejos de ser puramente reflexivo, se articula desde un delicado estilo ensayístico en el que los relatos en primera persona del trabajo de campo van construyendo poco a poco la constelación conceptual. No hay un programa que determine el esquema de este libro, ni tampoco una exposición sistemática de sus ideas, sino que los desarrollos emergen en la misma medida que lo hacen los animales que lo protagonizan. Así, siendo fiel al pensamiento nómada que nos ofrece, se trata de un texto de estructura fragmentaria que carece de una temporalidad lineal, cuya cartografía presenta ritmos desiguales y constantes iteraciones.

En este sentido, el gran despliegue narrativo de Morizot nos lleva a tener que rastrear en el texto mismo su apuesta metafísico-política. Leer *Tras el rastro animal* significa dejarse cautivar por los signos animales que van apareciendo, del mismo modo que Morizot lo hace en su praxis. Este movimiento se debe a que, tal como enfatiza Vinciane Despret, en el prefacio escrito para el libro, no podemos cambiar de metafísica más que si cambiamos nuestras prácticas. Así, el rastreo que Morizot ensaya —y que como lectorxs practicamos en su texto— implica, como afirma su colega belga, “aprender a hallar un mundo habitable y más hospitalario en el que sentirse «en casa» ya no nos convierte en pequeños propietarios

avaros y celosos (amos y poseedores de la naturaleza, como parecía tan evidente), sino en cohabitantes que se maravillan con la cualidad de la vida en presencia de otros seres” (Despret, 2020, p. 16).

Debido a ello, Morizot abre el preámbulo de su libro con la pregunta “¿Dónde vamos mañana?” (2020, p. 21).¹ La cuestión apunta, en un primer momento, a que en el rastreo enriquecido filosóficamente debemos desarmar la “naturalidad” del terreno en el que se desenvuelve el trabajo de campo. Del mismo modo que Descola para su etnología de los Achuar tuvo que descomponer la dicotomía Naturaleza-Cultura (2005 y 2012), la idea que aquí está en juego es que rastrear no es un retorno a lo natural. Tal concepción fetichista propia de Occidente ejerce primordialmente una gran violencia sobre otras formas de vida, pues al representar un lugar exterior a nuestro hábitat, nos habilita conceptualmente a manejarnos como si pudiésemos explotarlo sin que afecte el adentro de la cultura humana. En otras palabras, mientras se siga pensando que la naturaleza es algo que yace ahí afuera, se reproduce un bloqueo epistémico que impide revisar qué es lo no-humano. Por lo tanto, la pregunta por el mañana de la que parte Tras el rastro animal es también acerca de la posibilidad de construir otra cosmología más sensible a la alteridad.

Lo que se nos propone en este libro es que hay un vínculo intrínseco entre la reconstrucción de las perspectivas de los animales no-humanos, de sus otros modos de habitar el mundo, y la ecológica que indaga acerca del porvenir de nuestra especie y del mundo. Para Morizot nuestro incierto futuro no puede pensarse seriamente sin atender a las vidas de otras especies, pues ninguna existencia —por más humana que sea— es sostenible en aislamiento. Por ello es que, en consonancia con esta interdependencia vital característica de su formación simondoniana (2016), antes que centrarse en individuos aislados, Morizot filosofa a partir de las relaciones que los animales no-humanos tejen entre sí y con nosotrxs. El rastreo se entiende entonces como un “bosquizarse”: sólo se puede ir al bosque en tanto se asuma que ese afuera ya habitaba el adentro humano. En este sentido, sin desconocer las más que significativas diferencias entre las formas de vida, se gesta una comunidad en torno a las problemáticas vitales compartidas, de modo tal que la gran separación entre los animales humanos y los no-humanos pierde tanto su claridad y distinción ontológica como su relevancia política. Así, retomando el proyecto latouriano (2007), Tras el rastro animal analiza diferentes modos de construir una “diplomacia” interespecies. Se trata de un esfuerzo por abandonar el rol —demasiado humano— de “propietarios” para devenir intermediarios, estableciendo comunicaciones novedosas que, sin negar la instancia de conflicto, quizá nos permitan dar lugar a otra ecológica, menos devoradora de la alteridad (que en verdad también somos).

Con este libro Morizot nos ofrece una iniciación a la práctica metafísica del rastreo filosófico, y para llevar a cabo tal invitación lo que nos narra es una sucesión de metamorfosis

¹ La lectura de este preámbulo se encuentra disponible en el siguiente link: <https://cck.gob.ar/bosquizarse-por-baptiste-morizot/10946/>

que nos transportan a un espacio mítico de indistinción entre el animal humano y no-humano. Dentro de esta estructura narrativa —que Claude Lévi-Strauss ubicaba en los mitos amerindios (Lévi-Strauss y Eribon, 1990, p. 191)— la primera metamorfosis de Tras el rastro animal ocurre a partir del encuentro en una noche de verano con los signos de un lobo; esto es, con la mortífera manifestación de algo casi imperceptible para el ojo humano. Junto a un rebaño de corderos y sus perros pastores, Morizot siente una presencia que lo interpela en su mayor intimidad, hasta que por un instante sus miradas se cruzan. Si, como señala Jacques Derrida (2008), al estudiar de modo científico a los animales ha primado un mirarlos sin dejarse mirar, aquí Morizot pone de relieve el contacto visual con el que algunos de ellos nos interpelan. Por eso el rastreo filosófico no puede sencillamente valerse de los saberes biológicos que encuadran a los vivientes en un conocimiento de la especie, pues antes que un “*Canis lupus*”, lo que acontece esa noche de verano son las pistas de un “loboide” que, como por arte de magia, burla la percepción humana.

Ese engaño del lobo que Morizot reconstruye en el primer capítulo de su libro es fundamental, ya que da lugar a una “inversión metafísica local” (2020, p. 45): si en la ontología naturalista propia de Occidente el animal es un objeto pasivo, ahora el lobo que nos despista es un sujeto que nos tiene por objetos. Anticipa nuestra mirada, es decir, predice el modo en el que pretendemos anticipar sus movimientos, ausentándose de donde creemos que tiene que estar. Por supuesto que todo este proceso puede explicarse desde una historia evolutiva adaptativa, así como tampoco puede atribuirse con certeza cuál es la intencionalidad del lobo. Sin embargo, la cuestión decisiva está en que, de una u otra forma, el lobo engaña las capacidades cognitivas humanas, de tal modo que “[s]i lo propio del hombre es la inteligencia, entonces el viviente capaz de engañar mi inteligencia debe ser, de acuerdo con un silogismo insensato, un poco más humano que yo” (p. 57). Así, al escuchar el aullido de una jauría de lobos nos percatamos de que el paisaje no es una naturaleza disponible a la voluntad humana; esas melodías melancólicas, a la vez que nos testimonian que allí somos nosotrxs lxs extranjerxs, despiertan en nuestro cerebro aquel pasado inmemorial del Pleistoceno en el que el hombre no era el soberano del mundo, sino un animal más, pasible de ser devorado.

La segunda metamorfosis es con un oso grizzli, animal que puede despedazarnos sin mayores esfuerzos. No obstante, al encontrarse Morizot con uno, ese miedo resulta filosóficamente opacado ante la indiferencia que éste tiene frente a su presencia. “En la vida, un humano es a veces menos interesante que un tronco” (p. 67), esta es la primera lección de este rastreo. Con esto se trata de romper con la figuración del oso violento, pero para Morizot la imagen del oso amistoso es igual de obtusa. Ambas simbolizaciones románticas son igual de idiotas, y la pregunta es entonces cómo evitar caer en esa dicotomía complementaria de la cultura occidental, que cuando no busca dominar la naturaleza, idealiza una sin hostilidad. De esta manera, la diplomacia ecosensible que Morizot va construyendo en su texto explora otros modos de cohabitar mutualista con los animales (por ejemplo, retomando el “diálogo

ritual” que practican varios de ellos entre sí). Claro está que evitar el conflicto no puede derivar en un pacifismo —siempre se debe tener el último recurso de la defensa física—, pero el desafío filosófico está en cómo pasar de una guerra del hombre contra la bestia a una política de negociaciones etológicas que no esté predeterminada por el miedo. Tal como indica Morizot, “[s]e trata del coraje extraño de confrontar una alteridad sin concluir que, porque es peligrosa, constituye un enemigo absoluto. [...] Un coraje perspectivista que consiste en confrontar al otro sin bestializarlo” (p. 76).

Todo esto lleva a una resignificación del miedo y a uno de los cambios de perspectivas fundamentales de *Tras el rastro animal*: el hombre también es parte de la cadena trófica. Dada esta propuesta del segundo capítulo, resulta esperable que esta lección retome la ecofilosofía de Val Plumwood (2012). Ocurre que en 1985 la filósofa australiana casi fue devorada por un cocodrilo, a partir de lo que empezó a investigar las implicancias de que —por más que evitemos pensarlo— nuestra carne también sea comestible. No importa qué tan profundo enterremos nuestros cuerpos o qué ataúdes utilicemos, la muerte nos patentiza que no existimos más allá de la Tierra. Por ello Morizot formula la lúcida hipótesis de que la cosmología occidental del humano extraído de la naturaleza requirió de la construcción de un mito en el que el hombre se puede alimentar de los demás vivientes, pero éstos no de aquél. Esta creencia que nos subtrae de las cadenas tróficas es una de las ficciones por las que la cultura permite olvidar nuestra mortalidad. Empero, este mito sólo es fundador de nuestra particular cosmología, mientras que en otras la comestibilidad del hombre no es un tabú.

La pirámide trófica sirve para construir una jerarquía ontológica que pretende fundamentar la trascendencia de lo humano. Sin embargo, cuando se nos hace palpable que otros seres pueden devorarnos, el miedo crece y se desploma el edificio de la cultura. Ahora bien, la propuesta de Morizot no consiste en romper con ese mito del excepcionalismo del hombre para entregarnos como alimento, sino en indagar cómo construir comportamientos diplomáticos con otros vivientes para que en nuestra defensa no intentemos “pacificar” (i.e., explotar) la Tierra, destruyendo preventivamente todo lo no-humano. Si no hay vida sin devorar y ser devorado, de lo que se trata es de restituir “nuestro estatuto ecológico de vivientes entre otros vivientes, insertos en la gran circulación de energía solar que constituye la comunidad biótica” (2020, p. 85).

A continuación, en “La paciencia del leopardo”, se nos narra el rastreo de un animal desde la imposibilidad de encontrarlo. Aquí ciertamente no abundan las descripciones minuciosas del leopardo, pero en torno a su ausencia y escuchando sus silencios Morizot escribe los momentos más bellos de *Tras el rastro animal*. Los días de trabajo de campo pasan sin señales de aquel esquivo viviente, pero a partir de la expectativa ante la posibilidad de su aparición se va tensando un pensamiento de la lógica animal. La presencia espectral del leopardo va tomando cuerpo, y Morizot nos relata cómo la percepción comienza a abandonar el registro humano, sintiendo la manifestación de los signos no-humanos.

Donde el hombre nada puede ver, hay allí ecosistemas fantasmáticos, humanamente invisible, pero que constituyen el campo visual de otras formas de vida. Este tercer capítulo nos invita entonces a abandonar la ilusión del hombre como único habitante del mundo. La Tierra deviene una imbricación de hogares, una multiplicidad de hábitats compartidos. Por más que en principio nos resulte imperceptible, el hábito de transformar el espacio en morada no es una potestad de la especie humana, sino que todas las formas de vida y muerte tienen sus modos de disponer del territorio. Es eso, en definitiva, lo que Morizot busca reconstruir al rastrear las huellas de otros animales; práctica que, por lo demás, sólo es posible si se respetan los tiempos y los ritmos de los otros vivientes. Tras el rastro animal consiste en una aventura sin espectacularidad en la que, yendo más allá del ojo humano, lo invisible deviene visible.

Asimismo, recuperando el perspectivismo amerindio de Eduardo Viveiros de Castro (2010 y 2013), Morizot nos dice que el rastreo consiste en una metamorfosis animista que retoma la perspectiva de otro cuerpo. Para dar con esta experiencia es indispensable atender a nuestra sensibilidad animal, ya que es desde ella que los signos de la alteridad devienen legibles. De esta forma, Morizot advierte que “es con la paciencia del leopardo, la suya, que busco al leopardo” (2020, p. 118), pues en el rastreo filosófico surge esa animalidad que habita incluso al interior de la humanidad. Así, de la mano de Paul Shepard (1988 y 1998), se recupera la idea de una ancestralidad animal en el humano para pensar la convergencia evolutiva que hay en la paciencia. Esta virtud ya no es algo propio del hombre, como proponía San Agustín, sino que es justamente desde la paciencia compartida con el leopardo que podemos buscarlo y recuperar las huellas de la historia anterior a la humanidad que están inscritas en nuestros cuerpos y mentes. Por ello es que, si tras doce días de rastreo el leopardo nunca se presentó en carne y hueso, su existencia espectral sí pudo ser experimentada debajo de la piel.

En “El arte discreto del rastreo” reaparece la figura del lobo a partir de las huellas de una jauría. La problemática disparadora es la de cómo podemos rastrear a otros vivientes si, a diferencia de los animales cazadores natos, carecemos del adecuado poder olfativo. Nuestro cuerpo es en su origen el de un primate frugívoro que se sustenta en sus aptitudes visuales, por lo que el rastreo de otros animales invisibles a nuestros ojos tuvo que acarrear un cambio decisivo en la constitución de lo humano. Para comprender esta transformación Morizot nos dice que la ley secreta del rastreo es que “el pasado es invisible, pero nadie puede existir sin dejar huellas” (2020, p. 142). La cuestión está en cómo volvernos sensibles al pasado invisiblemente visible en el presente. Más aún, en el caso del rastreo de una jauría no alcanza con presuponer un parentesco genético natural, sino que la identidad se construye desde una comunidad cultural. Lejos de plantearse un determinismo biológico de la especie, se trata de rastrear las comunidades animales constituidas históricamente sobre un territorio.

Además, Morizot pone de relieve que la jauría que está rastreando también lo ha estado rastreando a él y a su equipo. En ese sentido, el rastreo no puede concebirse como

lo propio del hombre: “no instituye ninguna posición de trascendencia del humano dentro de lo viviente, posición de lector no leído, única consciencia intérprete de un viviente ciego a sí mismo. Rastrear por los caminos implica ser rastreable” (p. 147). Es decir que el humano, más allá de su intencionalidad, también emite signos, y que éstos son legibles para otros vivientes. Esta simetría del rastreo nos reenvía a una política vital, habiendo una comunidad ecológica de circulación de información por los signos compartidos. Nuevamente desde el perspectivismo de Viveiros de Castro (2010), Morizot sostiene que en el rastreo no nos transportamos al alma de otros animales, sino que se trata de metamorfosearnos en sus cuerpos para alterar la relación entre lo visible y lo invisible que configura el mundo. Por ello es que el rastreo filosófico es una práctica metafísica, ya que no consiste en ubicar a animales bajo categorías, sino en comprender geopolíticamente sus modos de cohabitar el mundo.

Luego, en “Cosmología de la lombriz” Morizot estudia cómo desde algo tan cotidiano como el compost podemos resignificar la geopolítica del propio hogar. La idea de que “estar en casa” significa civilizar un territorio salvaje responde a la fantasía humanista de que vivir es sacrificar la alteridad para construir una mismidad. Por eso Morizot se pregunta —con resonancias harawayianas (2019)— qué cosmología se encuentra en una compostera si se la aborda desde el rastreo filosófico. Morizot entiende la compostera como un “dispositivo metafísico, una máquina de terraformación a escala de la cocina” (2020, pp. 179 y 180). La ontología que despliega el compost nos lleva a reasumir el lugar que ocupamos en la cosmología de la lombriz, dejando de creer que la energía biótica tiene a lo humano como teleología. Aunque no pretende una revolución radical de nuestras vidas, Morizot propone que incluso prácticas tan sencillas como el compost permiten entablar nuevas alianzas de vitalidad común. En efecto, esta micropolítica asume el funcionamiento de la cosmología de las lombrices en nuestro hábitat, ya que así como les compartimos alimentos, ellas eventualmente se alimentarán de nosotrxs. Esta es una de las múltiples prácticas con las que podemos desarrollar desde el hogar, la ecosensibilidad tan necesaria para los tiempos que corren. Es por eso que para Morizot el rastreo, sin importar su escala, es una experiencia que altera nuestra metafísica: al asumir nuestra existencia entre los otros vivientes, atendiendo a los mundos invisibles que conocemos mediante sus huellas, la cosmología de lo humano no puede permanecer imperturbada.

El libro finaliza con “El origen de la investigación”, su capítulo más especulativo. En cierta medida la especie tratada aquí es el humano mismo, ya que a partir de los trabajos de Louis Liebenberg (1990), Morizot se interroga por el rol del rastreo en la hominización. Esta genealogía del *homo sapiens* parte de un problema arriba mencionado: ¿Cómo fue que siendo seres visuales sin el olfato adecuado llegamos al estado en el que podemos encontrar aquello invisible para nuestros ojos? Teniendo el cuerpo frugívoro de un simio desarrollamos habilidades de rastreo propias de los animales carnívoros. La hipótesis de Tras el rastro animal es que a nivel evolutivo la cuestión decisiva no estuvo en la ingesta de carne o en la

depredación en sí, sino en la construcción de un “ojo interior”, esto es, en el desarrollo de la capacidad cognitiva para construir una imagen de lo ausente a partir de las huellas que dejó. Al respecto, Morizot afirma que esto constituye “el nacimiento de algo así como el protosímbolo, erigido de ese modo por la actividad de interpretación que lee más de lo que ve” (2020, p. 198). Siguiendo esa hipótesis, la humanidad surge de la interpretación de las huellas animales, gracias a las cuales especulamos una historia. Sin embargo, esta práctica se construye sobre una incertidumbre esencial, ya que nunca sabemos con absoluta seguridad qué hacen los otros. En esa dirección, Morizot nos propone que anticiparse al movimiento de los animales significa identificarse con ellos. Así, lo característico del género *Homo* no sería otra cosa que interpretar los modos de existir de otros vivientes, poniéndonos en su lugar para producir un sentido. En suma, la diplomacia interespecie descansa en esta aptitud para percibir cognitivamente el comportamiento ajeno.

Ahora bien, para Morizot estas facultades “no implican ningún excepcionalismo humano. [...] No nos ubican en un sobrevuelo, por encima de los demás vivientes, sino que nos sumergen irremediabilmente entre ellos, en el medio mismo: son facultades relacionales” (p. 209). Bajo esta tesitura, la semiótica en tanto lectura de signos es un modo de rastreo espectral que marca la especificidad del animal humano, pero que antes que separarlo de lo viviente, remarca su profunda dependencia interespecie. Sin duda nuestra forma de vida ha cambiado enormemente desde la época en la que el éxito del rastreo determinaba la supervivencia, pero para Morizot la materialidad de esos hábitos siguen condicionándonos. La ecosensibilidad morizotiana es justamente un intento por recuperar esas ancestralidades animales sedimentadas en nuestra corporalidad. Podría decirse que en la agricultura que surge en el Neolítico podemos encontrar un principio cultural que nos separaría de la “naturaleza”, y que este período evidentemente dejó sus huellas en nuestra memoria biológica. Sin embargo, tal como indica Morizot, el Neolítico sólo corresponde a una pequeña parte de nuestra historia evolutiva. Antes que oponer la naturaleza a la cultura, en *Tras el rastro animal* estos dos elementos están fusionados, siendo el animal humano contemporáneo un “rastreador en un mundo sin presas” (p. 215).

Por último, y retomando los trabajos de Temple Grandin (Grandin y Johnson, 2006), aparece tratado en *Tras el rastro animal* el aspecto afectivo de la matriz humana. Aunque el rastreo tiene una historia cinagética, Morizot argumenta que en la búsqueda de las presas lo definitorio no está en dar muerte a otros animales, sino en la experiencia que produce la exploración misma. Tal como indica, “[e]l rastreo, como búsqueda ardiente, sería la esencia animal de la investigación humana” (2020, p. 218), esto es, tanto del modo humano de investigar, como de la investigación que toma a lo humano por objeto. Esta postura zoomórfica nos indica que, en definitiva, sólo hay humano entre los animales, siendo la humanidad un modo de la animalidad. De esta forma, Morizot retoma narraciones de nuestro origen que, contra toda la mitología griega o judeocristiana que pretende separarnos del resto de los animales, nos evidencian que sólo colectivamente, negociando

con otros vivientes los espacios de la Tierra, es que podremos sobrevivir.

En síntesis, el rastreo filosófico de Morizot está lejos de ser una romantización de la naturaleza. Antes bien, se trata de una delicada exploración de nuestra existencia en común con otras vidas; comunidad fuera de la cuál la especie humana no tiene ningún futuro posible. Es verdad que la práctica del rastreo nace de la caza y la depredación de otras especies, pero del mismo modo que la antropología ha comenzado a desprenderse del proyecto modernizante y colonialista del que surgió, la plasticidad del rastreo filosófico es reapropiada para la construcción de una cosmología ecosensible. Habitando en este animal gigantesco que es la Tierra, el ecosistema está en perpetuo devenir, de tal modo que nuestra identidad humana cambia a medida que lo hacen nuestras relaciones con la animalidad. Tras el rastro animal es entonces la invitación a una aventura, pero no al modo hegeliano, ya que lejos de retornar al hogar para identificarnos, la distinción entre el espacio propio y el ajeno se torna precaria, lo que marca la necesidad de una política interespecie.

Por todo ello resulta tan grata la incorporación de Morizot a la filosofía de la animalidad hispanohablante. Y sobre todo con *Tras el rastro animal*, escrito no sólo formidable en términos conceptuales, sino también estéticos —lo que hizo que en 2019 ganara el premio anual Jacques-Lacroix de la Académie française, destinado precisamente a producciones literarias sobre la vida de los animales. Además, este libro es uno de los primeros de la colección “Mondes sauvages” dirigida por Stéphane Durand para la editorial francesa Actes Sud, y Morizot ha continuado publicando en dicha colección su proyecto filosófico. Afortunadamente, la editorial argentina Isla Desierta no sólo se ha encargado de *Tras el rastro animal*, sino que próximamente publicará la traducción al español de *Manières d’être vivant*, escrito que profundiza la filosofía del rastreo morizotiana que aquí hemos compartido.

Bibliografía

- Deleuze, G., y Guattari, F. (1988). “1730 - Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible”. En *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (trad. J. Vázquez Pérez) (pp. 241-315). Valencia: Pre-Textos.
- Derrida, J. (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo* (trad. C. Rodríguez Marciel y C. de Peretti). Madrid: Trotta.
- Descola, P. (2005). *Las lanzas del crepúsculo* (trad. V. Castelló-Jobert y R. Ibarlucía). Buenos Aires: FCE.
- Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura* (trad. H. Pons). Buenos: Amorrortu.
- Despret, V. (2019). *Habiter en oiseau*. Arles: Actes Sud.
- Despret, V. (2020). “Prefacio”. En Morizot, B. *Tras el rastro animal* (trad. F. Gelman Constantin). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Isla Desierta.
- Grandin, T., y Johnson, C. (2006). *Interpretar a los animales. Cómo el autismo puede*

- ayudar a comprender su comportamiento* (trad. Á. Pérez). Barcelona: RBA.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* (trad. H. Torres). Buenos Aires: Consonni.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica* (trad. V. Goldstein). Madrid: Siglo XXI.
- Latour, B. (2013). *Investigación sobre los modos de existencia* (trad. A. Bixio). Buenos Aires: Paidós.
- Lévi-Strauss, C., y Eribon, D. (1990). *De cerca y de lejos* (trad. M. Armiño), Madrid: Alianza.
- Liebenberg, L. (1990). *The Art of Tracking. The Origin of Science*. Claremont: David Philip Publishers.
- Morizot, B. (2016). *Pour une théorie de la rencontre: hasard et individuation chez Gilbert Simondon*. Paris: Vrin.
- Morizot, B. (2018). *Sur la piste animale*. Arles: Actes Sud.
- Morizot, B. (2020). *Manières d'être vivant: enquêtes sur la vie à travers nous*. Arles: Actes Sud.
- Plumbwood, V. (2012). *The Eye of the Crocodile*. Canberra: Australian National University Press.
- Shepard, P. (1988). *Nature and Madness*. Athens: University of Georgia Press.
- Shepard, P. (1998). *Coming Home to the Pleistocene*. Washington D.C.: Island Press/Shearwater Books.
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural* (trad. S. Mastrangelo). Buenos Aires: Katz Editores.
- Viveiros de Castro, E. (2013). *La mirada del jaguar: introducción al perspectivismo amerindio* (trad. L. Tennina, A. Bracony y S. Sbrulatti). Buenos Aires: Tinta Limón.

GERMAN EMIR DI IORIO

Profesor en Filosofía y docente de Metafísica y Filosofía de la animalidad en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Su área de investigación versa sobre las filosofías de Jacques Derrida y Gilles Deleuze. Se encuentra realizando la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad con una beca UBA bajo la dirección de la Dra. Mónica Cragolini dentro del UBACyT “La violencia estructural en el tratamiento de vivientes humanos y vivientes animales”. Además, es miembro del FILOCyT “Usos deconstructivos de la espectralidad” dirigido por la Dra. Gabriela Balcarce, y del PICT “Debates actuales en torno al posnaturalismo” dirigido por el Dr. Pablo Pachilla.